

San Francisco de Sales

Para la fiesta de Pentecostés

Retírate, aquilón, y ven tú, viento del austro; sopla sobre mi jardín y derrámense sus aromas. ¡Ah! ¡Cuánto deseo este gracioso viento, que viene del mediodía del amor divino, este Espíritu Santo, que nos concede la gracia de aspirar a Él y de respirar para; Él!

¡Ah! ¡Cuánto quisiera haceros algún obsequio! Pero aparte de que soy pobre, no es conveniente que el día, en el cual el Espíritu Santo hace sus presentes, queramos nosotros hacer los nuestros.

¡Dios mío, cuánta necesidad tengo del Espíritu de fortaleza! Porque, a la verdad, estoy débil y enfermo, de lo cual, con todo, me glorío, para que habite en mí la virtud de nuestro Señor .

La eterna Sabiduría esté siempre en nuestros corazones, para que gustemos los tesoros de la infinita dulzura de Jesucristo crucificado.

Decid a vuestra hija que, como yo, se gloríe en su flaqueza, la cual es muy a propósito para recibir la fortaleza; porque ¿a quién se da la fuerza sino a los débiles? Que este fuego sagrado, que todo lo cambia en sí, quiera transformar nuestro corazón, para que no sea sino amor, de suerte que nosotros ya no seamos más amantes, sino amor.

¡Ojalá pueda recibir y emplear bien el don del santo entendimiento, para penetrar con mayor claridad en los misterios de nuestra santa fe! Porque esta inteligencia sujeta maravillosamente la voluntad al servicio de aquel a quien el entendimiento reconoce como admirablemente bueno; de suerte que, así como no puede entender que haya cosa alguna buena en comparación con esta bondad, de la misma manera la voluntad no puede querer amar otra bondad que no sea ésta. Mas, como que, mientras estamos en este mundo, no podemos amar sino haciendo bien, porque nuestro amor ha de ser amor activo, tenemos necesidad de consejo, para discernir lo que debemos hacer y practicar para este amor, que nos apremia, porque nada hay tan apremiante para la práctica del bien como el amor celestial.

Y a fin de que sepamos cómo hemos de hacer el bien, qué bien hemos de preferir, a cuál hemos de aplicar la actividad del amor, el Espíritu Santo nos da su don de consejo.

Ahora bien, he aquí a nuestra alma partícipe de una buena parte de los dones sagrados del cielo. El Espíritu Santo, que nos favorece, sea para siempre nuestro consuelo; que mi alma y mi espíritu le adoren eternamente.

Le suplico que sea siempre nuestra sabiduría y nuestro entendimiento,

nuestro consejo y nuestra fuerza, nuestra ciencia y nuestra piedad, y que nos llene del espíritu del temor del Padre eterno.

(Tomado de "La Sólida Piedad" Cuarta parte: Reflexiones y avisos sobre las principales fiestas del año)